

cación negativa; todo el secreto consiste en ocultar el mal, pretendiendo así rehuir su influencia. Pero el mal se vuelve audaz con el silencio; por eso la doctrina del silencio tiene que desaparecer. No es nuestra ciencia la que nos hace malvados, sino nuestra ignorancia. «He conocido (dice Fonsagrives), una multitud de gente joven, arruinada física y moralmente, porque sus padres no los habían ni advertido ni instruído; y no he conocido ni uno sólo que lo haya sido porque sus padres le instruyesen demasiado joven».

Es preciso salir de este mutismo ridículo e inmoral, porque hablando para los hijos, teniendo presente su alma tierna, a quien vamos a interesar en el secreto de la Naturaleza, es como crearemos y extenderemos una nueva moral sexual; para hacernos dignos de la inocencia de los oyentes, propagaremos en formas sencillas y delicadas el problema de la vida y del amor; pensando en ellos aniñaremos nuestra alma, purificaremos nuestra alma, olvidando torpes chabacanerías de viejos marrulleros, encantando al mundo a la mágica palabra de un ideal nuevo. Lentamente haremos comprender a nuestros hijos el misterio sublime de la vida que en ellos duerme, y el misterio de la vida es el más puro de los poemas, es el más tierno cuento de hadas. «La Naturaleza (dice Mme. Leroy-Allais), no necesita que se ponga la mentira a su servicio; ella vale más que nuestras más sutiles invenciones.»¹ Para bien de la sociedad no debe permitirse ya que el hombre y la mujer se casen como ahora, con la mayor de las ignorancias, cuando no con la más pervertida de las ignorancias.

Esta educación hay que ayudarla cambiando la concepción vulgar del matrimonio, teniendo en cuenta no sólo la satisfacción sexual pura, sino también el amor, su sutilización en el espíritu humano, y añadiendo, ade-

más, la condición específica. «El matrimonio perfecto—dice el Dr. Roux,—es aquel que, propuesto por el amor es aceptado por la razón». Pero la razón tiene que venir apoyada sobre las tiernas espaldas de los niños; pensemos que con ellos vamos a fundar un nuevo mundo. El amor y la raza, he ahí el objetivo del matrimonio. «Será también necesario—dice la profunda escritora sueca Ellen-Key—que el matrimonio deje de ser una solución práctica para la clase media, como la prostitución lo es aún para las clases pobres». La solución práctica para la burguesía es sinónimo de solución económica y se tiene que colocar el apareamiento sexual en un punto de mira más noble que el de su aspecto económico. Este tiene que borrarse por completo, sobre todo en su condición más grosera, cuando significa una venta. Suprimir el dote, recomienda Cazalis; excelente consejo, porque en los hechos que cuentan Diday, Fournier, Jullien y todos los médicos que se han ocupado de estos asuntos, siempre o casi siempre la resistencia del enfermo a demorar su casamiento se funda en el temor de perder una rica dote.

Pero también hay que educar de otra manera a la mujer de como se la educa ahora. En busca de buen partido para sus hijas, las buenas madres les dan una educación muy parecida a la que se daría a un hetaira; se las instruye para bellezas profesionales con toda su artificiosidad y efectos escénicos. Su ideal no tiene que ser parecido al de la cortesana; su ideal tiene que responder a su condición de mujer, de esposa, de madre. Si «es preciso que el hogar reconquiste a la mujer» como quiere Ellen-Key, tiene que ser a condición de que esté capacitada para ello. Tiene que ser a condición de que su enseñanza no esté encargada al modisto, sino que se arranque del alma de la Humanidad y en su anhelo funde sus anhelos, y en su grandeza funde su ideal. No es que yo quiera que la mujer haga del desaliño y de la fealdad una virtud, eso

¹ En contra de este principio se han decidido a caminar nuestros colegas *San Selerin* y el *Boletín de Educación Pública*. L. D.